

contención dramática muy bien logrado en la medida en que Rosero se va metiendo cada vez más en la angustia de Jeremías Andrade y en la psicología —o, mejor, patología— colectiva de ese pueblo perdido en las montañas y lleno de odio y resentimiento. Son pocos personajes, apenas delineados, más bien simbólicos, de tal manera que el énfasis está puesto en ese enfrentamiento entre el dolor limpio y la conciencia clara del anciano y la morbosidad de todo lo demás.

En el lejero es realmente lo que uno podría calificar como una novela dura, despiadada, en la que no hay esperanza para nadie, pues al final todo termina en el abismo. Así es la guerra, así es la violencia: engendra muerte, basura, escoria, podredumbre. Y en esto parece deleitarse Rosero, no morbosamente, sino con una crudeza que espanta, pero que a la vez nos muestra sin concesiones, sin ambigüedades, así, de tajo, la realidad que logra engendrar la violencia.

BEATRIZ HELENA
ROBLEDO

Hijo de tigre nace pintado

El demente exquisito.

La vida estafalaria

de Tomás Cipriano de Mosquera

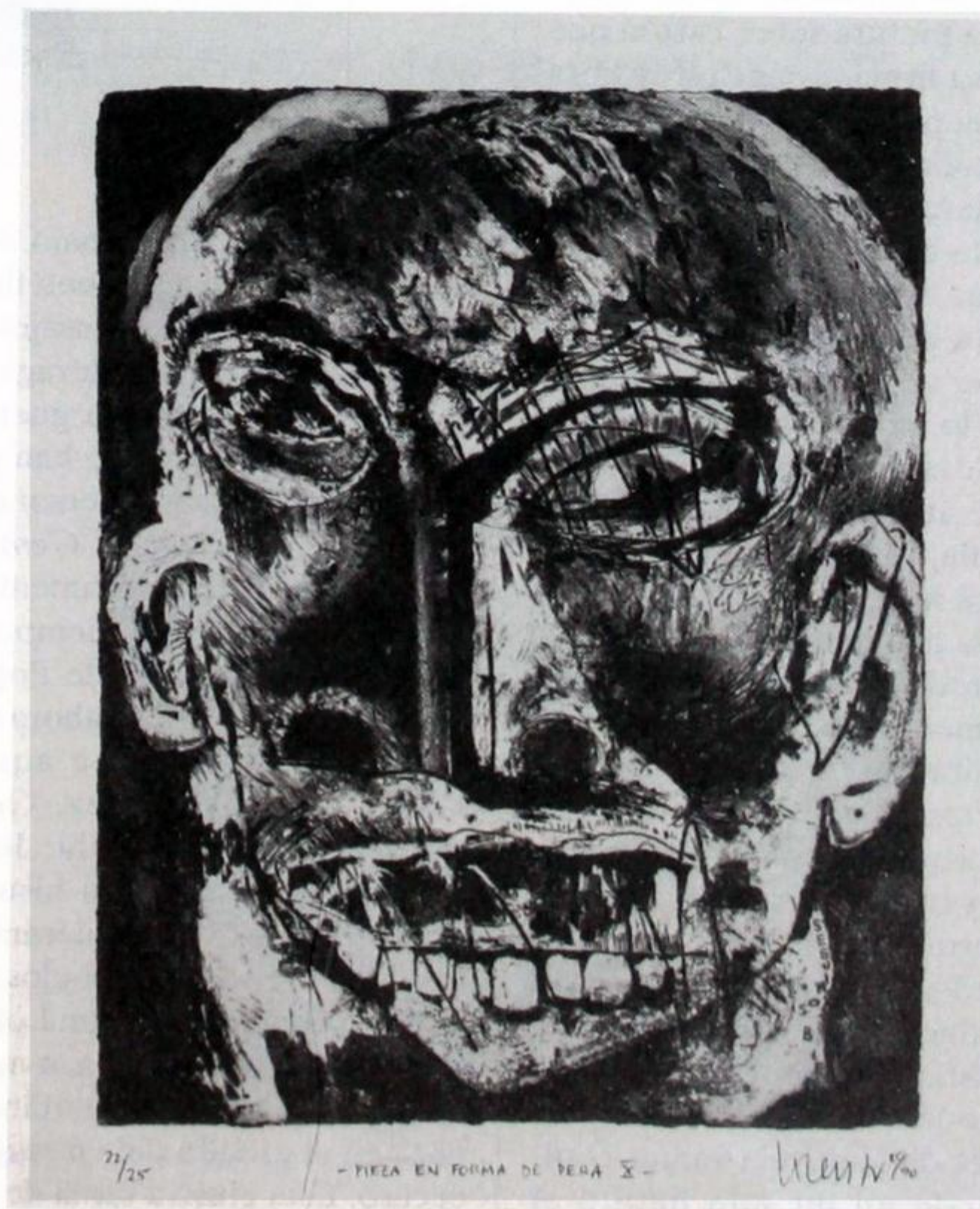
Víctor Paz Otero

Villegas Editores, Bogotá, 2004, 636
págs., il.

Del río y del tiempo trata esta novela, aunque fuera un “tiempo nunca recuperado” (pág. 129), siendo que “nuestra historia es la estrecha cerradura abierta hacia un paisaje obscuro donde se desmantela la esperanza” (pág. 130). Empero, quizás sí lo sea a la postre, un tiempo recuperado en la novela y en el autor, la recuperación de un fantasma, vagando entre extasiado y desolado por las

calles de Popayán, fantasma de Mosquera y del autor mismo, ambos payaneses, fantasma de nosotros mismos, partícipes de una historia del ruido y de la furia que es la historia de Colombia. A poco de muerto, Mosquera “ordenó a su alma convertirse en fantasma. Y sólo así pudo descansar en paz y ganar su última y definitiva batalla” (pág. 637). No es poca cosa intentar hacer carne a este fantasma bizarro, que no puede descansar aún en paz tornando a la nada, abigarrado, más bien opaco, fantasma a veces también translúcido, y no es poca cosa intentar que habite entre nosotros, en una narración que fluye, ella misma como un río, con su estilo fuente de frases largas, rebosando aquí y allá en la desmesura sobreabundante y de pronto superflua, entre frescos oasis y el desierto ilímite, emprendiendo una navegación aguas arriba en procura de las fuentes, a partir del personaje saliendo por última vez de Popayán montado en su caballo Escipión rumbo a la muerte en su hacienda Coconuco (pág. 43). Como

los salmones que se dejan morir o están ya muertos y, ahitos, se dejan ir corriente abajo después de haber coronado las fuentes, como la culebra que se come por la boca, el autor, que habla en tercera persona, como metido, cual espía, dentro de la cabeza de Mosquera, junto con el personaje mismo remontan el río de su vida, afrontando los meandros y remolinos, los rápidos, las aguas mansas y las emanaciones pútridas, las averías técnicas y climáticas, los troncos desarraigados que bajan por la corriente a la bandola, las botellas con los mensajes adentro tiradas por antiguos y recientes autores que han consagrado una obra a don Tomás Cipriano, sorteando también los cocodrilos y el contagio de la mosquera pululante en el trópico ecuatorial, navegamos todos en la misma embarcación. En esta empresa nos parece que a la postre sale bien librado el autor, con la paciencia del lector que viaja en diligencia en pleno siglo XXI, y que anhela una sintaxis casi telegramática, la Sonrisa sin gato de Alicia. El autor, empero,



escribe un poco como en la época que narra, el siglo XIX, y está casi siempre embelesado con el asunto, y es así como leemos con emoción los amores de don Tomás con las jóvenes italianas, dando cuerpo fugaz e intermitente al alma de poeta del general inspirado con los sonetos de Petrarca a través de las damas extranjeras y divinas que le permiten alivianarse un poco el peso de la tierra en la geografía de Colombia, bajar el mapa de sus hombros y la bandera de su pecho, sumergiéndose en las aguas de Sandro Botticelli, cautivo, en un santiamén, de ese "demiurgo lúdico y travieso" (pág. 574), duende sofocado de manera intermitente por la curia familiar, del Estado, del patrimonio y la milicia. Y prueba de la recuperación de un tiempo que implicó la factura de esta obra es la postrera ilustración que trae, un retrato-pintura del mismo Paz Otero, *Mosquera alucinado y alucinante*, donde se nos muestra al fantasma redivivo, más allá del bien y del mal en esta tierra, hecho carne y que habita entre nosotros, en la cabeza y las manos del autor alucinado, esta pintura sobre cartón que es como su firma al concluir la obra extensa, el portaestandarte que clava y consolida un territorio, su canto de pájaro, siendo de principio a fin la vida del general y la novela misma una especie de combate, una maquinita de guerra erigiendo un estilo que se abre camino y logra expresar lo antes casi inexpresable, con recaídas y tropiezos y lentas demoras de un viaje en diligencia. En la carátula, aparece un retrato de Mosquera muy severo y muy gallo, en parada marcial o ceremonial, de un óleo reciente de Juan Cárdenas. Y la primera ilustración que encabeza el libro, de un dibujo de Ramón Torres Méndez, muestra al general Mosquera, al coronel Agustín Codazzi y otros jefes del Ejército del Norte entrando al galope en diciembre de 1854 a Bogotá, después de haber reducido al general usurpador Melo. Así que la geografía cabalga codo a codo con las artes marciales, y a través de la novela vamos comprendiendo en un solo hatillo el

amor de Mosquera por el territorio y por las mujeres, su devoción por los mapas y la geografía y el ardor de la milicia en su alma apasionada, abigarrada.

bir la línea que sigue el centro de gravedad de cada movimiento, pues hay que gobernar éste en el interior de la figura, siendo que esta línea es precisamente el recorrido del alma



También corriente abajo del río, hemos dicho, bajan las botellas que encontramos con los mensajes adentro y que narran los naufragios, desastres y miserias de la guerra, en boca de los autores que han consagrado una obra a este personaje dotado de un particular *Gemüt*, un afecto, talante o temperamento (que se refiere también al tiempo: rayo caído de cielo sereno de Popayán) complejo. Y Paz Otero ahora se propone ir más lejos que aquéllos, Mario Perico Ramírez, Germán Zarama de la Espriella, Joaquín Estrada Monsalve, "La historia es hemofílica: si la exprimiéramos entre el puño, gotearía glóbulos rojos", Joaquín Tamayo, William Lofstrom, y nos parece que lo logra, ir más allá, apoyándose en ellos, montándose al anca en el caballo del enemigo si es el caso. Esta elusiva tarea de descri-

del personaje, sólo se puede captar entonces situándose justo en el centro de gravedad de la marioneta, a la que, para hacerla bailar, hay que bailar, al son de un Mosquera-moderno-múltiple, y para mejor cerciorarse, véanse uno a uno los once distintos retratos del hombre a lo largo del texto. En esta galería se encuentran el rapaz, el fatuo, el poderoso amo y señor hombre de Estado, el hombre de la espada al cinto: "mi hermano el arzobispo nació para dar bendiciones y yo nací para dar sablazos", el cruel, el águila vieja que pinta el autor, el misterioso y arrogante legionario casi curtido de regreso tras años de estancia en Europa y masón (retrato-litografía en el Museo Nacional que aparece en la página 389, con Mosquera de 45 años), reunidos en un mero individuo, también en esta galería está el dulce, sufrido y gentil

Tomás Cipriano (en la página 394, a sus setenta y dos años), a la par que el hermoso y algo arrogante joven (página 10), quizá antes de contraer las insignias de la guerra en la cicatriz de su mandíbula y su boca, la roja insignia del coraje que adquiere en la batalla de Barbacoas combatiendo al indio Agualongo y su tropa afecta al rey, cuando le dieron un balazo a quemarropa que le partió la quijada atravesándole la lengua, esta herida en su destino de *guerrero salvaje* que bien narra Paz Otero y sella así la gracia y la desgracia de su vida, tanto sus proezas como la soledad final inexorable de Mascachochas, la soledad al final del camino que es también la de Bolívar y la de Gerónimo y que describe Georges Dumézil en *Gracia y desgracia del guerrero salvaje*. La comunión de Mosquera con Bolívar, siendo espontánea, igual que su común fobia por Santander, proyecta regiones de sombra incierta en la novela: "Más que una amistad profunda y estrecha del alma, los había unido una sospecha inquietante: la soledad de la vida. La terrible fatalidad de saber que los hombres de guerra eran los olvidados del amor" (pág. 58). Sin embargo, Bolívar no está lejos del amor en medio del camino de su vida, y tampoco la juventud de Mosquera está lejos del amor. Mosquera más bien presente, junto con Bolívar, la soledad final del guerrero ineluctable. Nos parece que antes de empezar a morir, cuando se topan estos dos guerreros, Bolívar tiene un pueblo adentro y no está tan uno-solo en el mundo como parece, y lo tiene también Mosquera, un pueblo adentro, aunque lo vive como desierto, desolado, y se vive a sí mismo como un exiliado, como un Uno-solo frente al Mundo, cual artista romántico, así lo trae Paz Otero, y es verosímil, que no es precisamente el caso de Bolívar, salvo quizá en su primera juventud.

Las cosas se parecen a su dueño, así que Paz se contagia a veces, en la sintaxis, del boato y del ceremonial afecto al general, incluida la identificación del personaje con su "héroe mítico y legendario" (pág. 285). Compone de manera algo tortuosa muchas frases, abundando en *comos*, escamas imbr-

cadadas de la piel de la culebra que se come por la cola, lo cual nos distancia de la cosa y nos fatiga: "El gobernador de la plaza tuvo la feroz idea de convertir a Agualongo en una especie de Barrabás de la independencia y permitió que las extrañas gentes de esa ciudad profunda y equívocamente alienada en los ritos casi de una tauromaquia que se anudan a la pasión de Cristo y a esa lúdica morbosa del sufrimiento que se expresa en su famosa Semana Santa, pudieran ir a ver en el patio de una prisión con rejas al héroe vencido" (pág. 279). En otra parte: "Imaginaba que, de siglo en siglo, alguien acumularía sobre su cerebro y sobre su sensibilidad el impacto desquiciante y la energía tumultuosa de ese lugar como embrujado y podría convertirlo en destellos de una fulguración arrasadora que les explicara el sentido y el significado de esa como eternidad y ese olvido que allí se conjugaban como un enigma contradictorio para impregnar de asombro ese extraño lugar donde habían nacido" (pág. 44).

La iniciación del guerrero pasa por un desierto: Bolívar salió de él con un pueblo adentro y afuera, ligado con un pueblo aunque difuso cual niebla en la pradera, vago, evanescente, inestable, latente y actual, y reiteramos que también Mosquera tenía el suyo metido en su alma apasionada por la geografía y por las negritas y las mulatas a las que encontraba en su inmensa hacienda Coconuco, en Cartagena, en Jamaica, en Panamá, etc. Esta liga de Bolívar con un pueblo lo distingue de Mosquera, pese a que: "Tenía la vanidad de creer que entre los ojos de él y los del propio general Bolívar existía una evidente afinidad, una extraña familiaridad, que le concedía con el Libertador una especie de hermandad, no fundada en la sangre ni en el parentesco, pero sí nacida en cierta actitud de poder despreciativo cuando en ocasiones contemplaban el mundo y el resto de los mortales" (pág. 285). Andaba a contracorriente, Mosquera, como Bolívar, pero, a diferencia de



éste, aquél era una presa parcial de su casta, del árbol genealógico, de la parentela, de la conyugalidad, de sus propiedades, aun si el autor, en la recapitulación final que hace el personaje de su vida extensa, expresa: "Nunca se sintió en estricto sentido miembro de una clase, nunca practicante de una religión heredada, nunca depositario de un legado familiar o ciudadano que pudiese imponerle las pautas y las normas a las que debía ajustar su conducta y sus actos" (pág. 23). Parecen demasiado tajantes estos *nunca*, y precisamente porque *muchas veces*, como vemos a lo largo de la novela, fue tan tortuosa la prueba de iniciación de Mosquera hasta volverse un hombre de guerra abonado en ideal renacentista, tallándose a sí mismo, aplicándose la lección de Pico della Mirandola, en *Oración acerca de la dignidad del hombre*, al mostrarnos el milagro de ser un hombre en la condición que le es exclusiva entre todas las innumerables diversas criaturas, la condición de no tener nada propio y hacerse a sí mismo a partir de las cosas que tome de las demás criaturas de la tierra y del cielo, de las demás cosas, del clima, del ambiente... "a fin de que de ti mismo, casi arbitrario y honorario artífice, te plasmes y te esculpas en la forma que prefieras... ¿Quién no admirará a este nuevo camaleón?", pregunta el joven filósofo-poeta renacentista. Así, el énfasis de la novela en este punto decisivo: "Él, como muy pocos dentro de los miembros de su clase y de su casta, como muy pocos dentro de todos sus conciudadanos [...], participaba de la ebriedad confusa de saberse que era como la expresión de un fenómeno recién inaugurado en el escenario de América: era un individuo. Un hombre capaz de asumir por sí y para sí mismo la aventura incierta y problemática de existir a través de la conciencia de que era constructor y dueño de un destino personal. En su fuero íntimo e intransferible, sabía con desconcierto y con angustia, intuía que tanto Bolívar como él, y como muy pocos otros, encarnaban y representaban esa como nueva sustancia y esa como

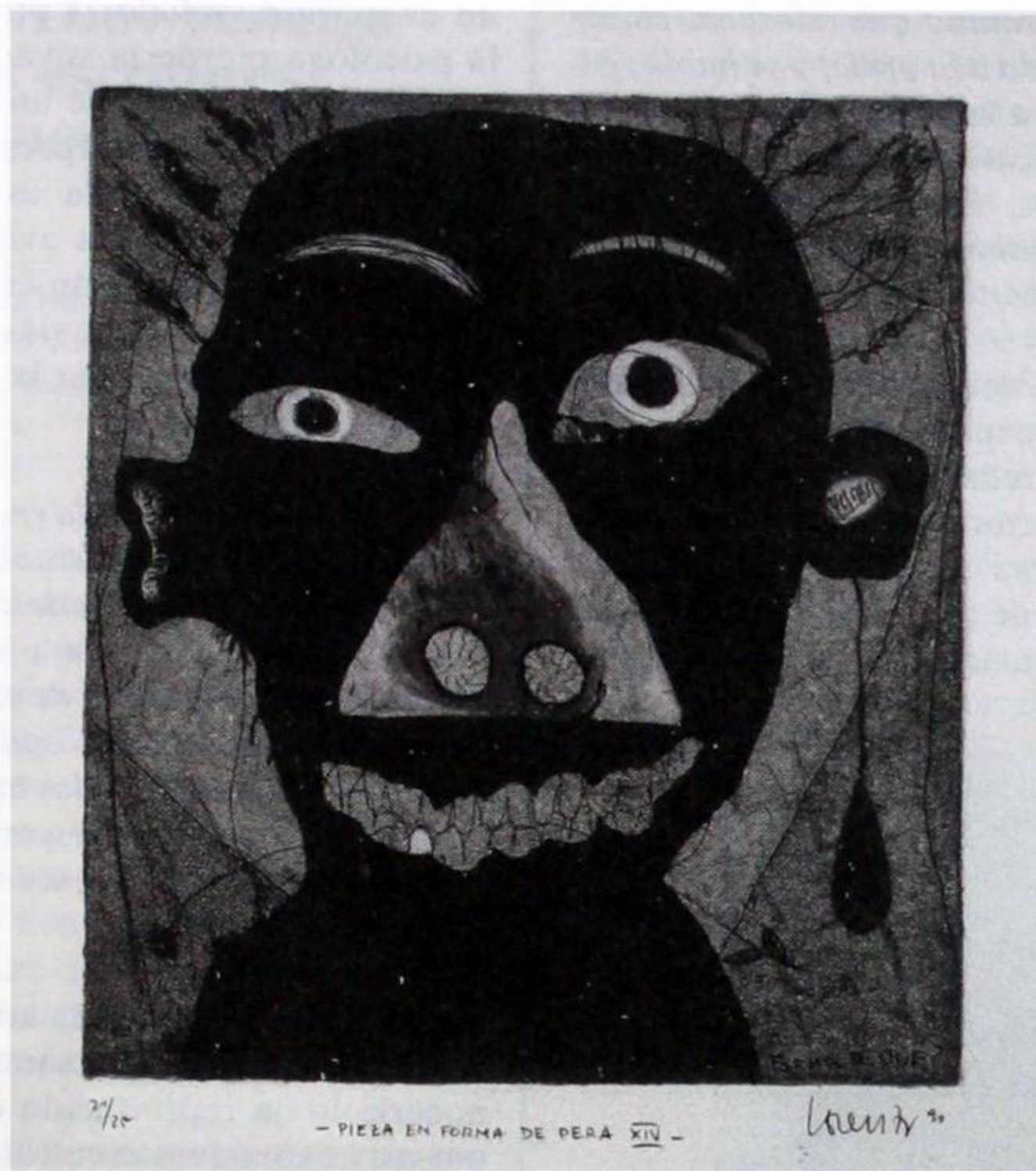


nueva vitalidad histórica que posibilita la conversión de sus vidas personales en un nuevo lenguaje hasta ahora inédito y desconocido en las realidades de su tiempo histórico" (pág. 22). Ahora bien, si el hombre nada propio tiene y se va a hacer a través de los otros y las cosas y los climas a su alcance en el medio donde vive, hijo de tigre nace pintado y este hombre hijo del rayo caído de cielo sereno que es como Popayán va a hacer de él, con alma de poeta, contrario al cortesano Julio Arboleda, un rayo y un pararrayos: "La corroboración de esa incierta pero estremecedora sospecha, por eso mismo, había convertido su alma en una especie de enloquecido campo de batalla donde se dieron cita violenta y contradictoria todos los demonios y todas las confusiones de su siglo. Afirmarse como tal, reconocer que era portador y engendro de ese nuevo caos valorativo, estaba como en el origen y el final de todos sus actos".

La novela se va haciendo cual río que fluye como desplegando unos pliegues, los amores de Tomás

Cipriano a lo largo de su vida, por ejemplo, unos cucuruchos que se desenvuelven a medida que giran los molinillos de *perceptos*, mezcla inextricable de percepciones y afectos, aguas donde navega el narrador en tercera persona que sólo una vez pasa a la primera persona del plural, a propósito de la Conquista en estas tierras: "Vimos cómo nos arrancaban del tiempo natural que nos pertenecía [...] Nos alteraron el tiempo y nos rompieron el alma [...] nos convirtieron en asombrados fantasmas condenados a caminar a tientas [...]" (pág. 128).

Con relación al quiebre de la relación del joven Tomás Cipriano con la prima lejana y pobre, Catalina Ruiz, escena narrada en la novela, ésta le escribe una esquela después de la ruptura, luego que Tomás Cipriano, cuñado por su familia, elige a la prima contigua y rica, con la que se va a casar haciendo un matrimonio desgraciado aunque lleve al patrimonio. Catalina le escribe en esta cartica que trae el libro de William Lofstrom, *La vida íntima de*



Tomás Cipriano de Mosquera: “Vivo llena de un placer indecible cuando me miro lejos del objeto que podía haber construido mi desgracia”. Joaquín Tamayo, en su novela de 1936, *Don Tomás Cipriano de Mosquera*, ve al general maduro, al mirarlo de frente, como un águila rapaz, y era en efecto un águila este hombre de guerra en el horóscopo azteca por su natalicio del 26 de septiembre, así como era un caballo en el zodiaco chino por nacer en 1798, no más véase en la novela de Paz Otero la lista de sus caballos, sobre todo negros, su afecto por ellos, los nombres que les pone. Joaquín Tamayo, en un acceso de idealismo, concluye la suya expresando: “Bien merece la pena haber sufrido sus arrebatos de crueldad, su venganza y su cólera, para tener la noción precisa y perfecta de su grandeza”. Tal vez no podía o no quería este joven y meritorio autor ponerse en los zapatos de Catalina Ruiz, cerca de las tropelías y argucias del coronel de salón (véase en la novela cómo lo nombró así Bolívar), apasionado e imaginativo general atrabiliario, aderezando la endogamia en el alegato con los curas para demostrar

que no era impedimento para desposar a su joven sobrina al final de su vida. Quería todavía tener un hijo, concebido en Panamá a sus setenta y nueve años, y bautizarlo José Bolívar. ¿Quieren la fórmula?, diría el viejo, tráiganme el envase.

RODRIGO PÉREZ GIL

Su lectura es como visitar un salón de belleza seis veces en una semana

De los amores negados

Ángela Becerra

Villegas Editores, Bogotá, 2003, 461 págs.

En la carátula, una paloma roja que despliega sus alas nos anticipa el tono de la novela, el título lo confirma y el contenido no nos toma por sorpresa.

En los últimos años se ha puesto énfasis en la condición de las mujeres, en su libertad, su sexualidad, su espacio propio —como lo llamó la Woolf—, su independencia, la ruptura de esquemas, etc. Incluso, en un extraño intento semántico, en la actualidad se debe hablar de niños y niñas, hombres y mujeres, gatos y gatas, mirlos y mirlas, ahora es un desacato referirse —como antaño el discurso filosófico—, al hombre como humanidad. En los planteles educativos, llamados también así ahora, y no escuelas o colegios (además, casi siempre tienen nombre de correccional), se refieren a los alumnos y las alumnas, profesoras y profesores, maestros y maestras; en las entidades públicas tardan años encabezando los discursos y dan tumbo para referirse a temas triviales y buscar el termino femenino para no herir susceptibilidades. Ni qué decir del virus que carcome el lenguaje coloquial: ya nadie oye, todo el mundo “escucha”; tiene cabello, y *pelo* es una palabra soez; nadie pone sobre la mesa, sino “coloca” y pocos espichan, tienden a “oprimir”. Estos malos vientos afectan al país entero y se cuelan por doquier. De la misma forma aún se insiste en encasillar a la literatura en “femenina”, “de alteridad”, “alterna” y lo demás.

Cuando leemos a la premiada Laura Restrepo en *Delirio*, se lee una estructura genial, donde los hilos no se pierden y la urdimbre se teje entre buen humor y maestría. No es literatura femenina aunque está escrita por una mujer y la protagonista lo es también. Es decir, si se omite el nombre del autor la novela se sustenta por sí misma, no hay que defenderla exclamando: —¡Ay, pero si lo escribió una mujer!—. Es literatura y no debe tener género, es buena o mala, legible o impasable, escrita con maestría, narrada con deleite, estructurada con talento.

Pero tal vez me alejo del tema. La paloma roja de la carátula nos deja entrever aquello que vamos a encontrar... Una novela rosa, rosa carmín, si se puede exagerar, *rosado Soacha* para los nacionales, *rosado dulce* de Semana Santa de Zipaquirá. En las